

Si la “amorevolezza” en el centro de la propuesta pedagógica de Don Bosco, todos los restantes elementos o expresiones del sistema se iluminan con su luz, a su resplandor... Más bien se interpretan justamente aquellos aspectos que pueden dar lugar a explicaciones o realizaciones unilaterales o deformadas.

1. EL CONCEPTO “PREVENTIVO”

Ocupémonos ante todo de este concepto-base de Don Bosco que se define precisamente como “preventivo”.

La calificación puramente formal del sistema puede degenerar en errores de grandes dimensiones. En todo caso hay que sostener que no es la más apta para darnos la llave del secreto más profundo de la pedagogía de Don Bosco. La palabra puede asumir tales variantes y elaboraciones que puede llegar a ser confundida parcialmente con el propio concepto “represivo”. ¿Acaso no es preventivo el correccional, el reformatorio, donde se trata de impedir culpas mayores?

También el sistema represivo, eliminado modernamente el concepto superado de pena vindicativa, en su esencia trata exactamente de “poner a los alumnos en la imposibilidad de cometer faltas”.

El concepto “preventivo” de por sí, como puro concepto formal, no es apto para definir un sistema pedagógico que por el contrario debe poseer una riqueza intrínseca de contenido.

La referencia al contenido, al fondo, ha de calificar concretamente la forma. El contenido, ya lo hemos dicho, es bien claro: la “amorevolezza”. Basándonos en ella, por lo tanto, ha de decidirse cuál es el sentido preciso de “prevención” al que se refiere Don Bosco.

A la luz de la “amorevolezza” parece que podemos distinguir dos diversos significados de “preventivo”:

- ✓ uno de carácter estrictamente disciplinar que casi coincide con el concepto de asistencia en su aspecto protector-negativo o del colegio en su función de preservar al alumno. Prevenir quiere decir en este caso impedir, aislar, preservar, rodear...
- ✓ El otro, por el contrario, es enormemente más complejo y comprende todos los elementos educativos que construyen positivamente al joven preparándolo, potenciándolo, dotándolo de exuberantes energías interiores, antes de que tenga necesidad de ser tratado como un enfermo. Aislar para construir. Construir para no tener que apuntalar, reparar, reprimir... En este sentido, preventivo coincide realmente con todo el sistema educativo de Don Bosco, esencialmente dirigido a la edificación, integralmente directivo, positivo...

a. Educación negativa

No se excluye naturalmente una acción preventiva dirigida a la eliminación de los elementos negativos, contraproducentes. A esto se refería el mismo Don Bosco hablando alguna vez de su sistema. Un hecho insignificante, documentado por uno de los primeros biógrafos del santo, traduce plásticamente la idea.

“En un colegio habían adquirido un poco de miel, reciente y estupenda. Se colocó el recipiente junto a la ventana de la despensa. Pero de buenas a primeras la miel desapareció. La persona responsable se acerca a Don Bosco y le dice: — ¿Sabe usted lo que los chicos han hecho esta mañana? Habíamos comprado un poco de estupenda miel para el almuerzo de los forasteros y... ¡nos la han robado toda!

Don Bosco respondió con su calma habitual: —El error parece más bien de ustedes que de los chicos. Llamen al administrador y díganle que Don Bosco ha dicho que enseguida le pongan una reja a esa ventana... Recuerden que hay que procurar no poner a los jóvenes en la ocasión de poder cometer una falta. Este es el sistema preventivo de Don Bosco”. (MB X, 649)

Una toma de posición más “sistemática” y reflexiva tuvo lugar en otra ocasión. Acudimos a las Memorias Biográficas para registrar este suceso.

“Hacia el año 1875 se comenzó a permitir que con motivo de la festividad de María Auxiliadora la gente pudiese permanecer en la iglesia hasta hora muy avanzada de la noche y además circulara tranquilamente por los lugares próximos. Esto trajo sus inconvenientes. Algunos de la casa, por ejemplo, sustrayéndose a la vigilancia de los superiores, se escondieron en los sótanos para celebrar sus festines. Por estos hechos, ciertos capitulares persistían en la intención de suprimir aquella vigilia que favorecía la piedad de los devotos, en especial de los que llegaban de fuera. Cuando estos propósitos llegaron a los oídos de Don Bosco, dejó hablar primero y luego hizo esta observación: — Esto es lo que ha pasado... Pero, ¿quién tiene la culpa? ¿No serán ustedes que no han vigilado lo suficiente? No debe suprimirse el bien para impedir el mal. Más bien otro año se piense con tiempo y se tomen las debidas precauciones a fin de que los inconvenientes que ahora lamentamos no vuelvan a repetirse”. (MB XI, 203)

b. Educación positiva

Pero todavía más el sistema preventivo en su totalidad está vivificado por la “amorevolezza”. Es su inspiración original. Es su ley de acción.

En efecto: la caridad, el amor, es una fuerza positiva. La misma virtud que frente a la juventud “pobre y abandonada” inspira a Don Bosco obras llenas de bondad. A los jóvenes abandonados ofrece un corazón paternal. A los ignorantes y analfabetos, una instrucción básica. A los que no tienen hogar ni protección, posibilidades concretas de una formación constructiva, moral, religiosa, profesional. Don Bosco no reúne a sus muchachos en sus Oratorios y centros para mantenerlos con los brazos cruzados, ociosos, sustrayéndolos de los peligros para que acaben corroyéndose..., sino que hace que vivan positivamente la vida de familia, una vida normal, activa y comprometida, de oración, de trabajo, de estudio, de interioridad dinámica, de formación serena y viril con vistas al futuro. Gracias a la seriedad y al coraje de esta ascesis se mantienen lejanos los elementos dañinos y patógenos...

Don Bosco no pone a prueba a sus muchachos. No inventa ejercicios de entrenamiento que puedan convertirse en mortales. No cavila inútiles o dañinos artificios para “probar” al muchacho. Piensa conducirlo, mediante un régimen de vida sólido y positivo, por el camino de una consistencia moral tal que pueda resistir a las futuras adversidades o al menos se encuentre con la posesión de una buena capacidad de recuperación retomando la marcha de un principio.

2. LA ASISTENCIA

A la misma luz es imposible confundir la asistencia del sistema preventivo con cualquier otra forma “represiva”, con cualquier otra forma vagamente preservativa, de vigilancia, de control, de orden exterior. Las críticas más acerbas y farisaicas apuntan por este flanco.

Para críticos superficiales poco avisados, la asistencia puede convertirse únicamente, o casi, en una vigilancia escrupulosa y quizás hasta agobiante, continua, sofocante, organizada con tal meticulosidad que resultan imposibles para el muchacho las faltas materiales y cualquier clase de delito moral. Así pues, algún inteligente y penetrante comentarista escribirá paradójicamente: “El salesiano pondrá al joven en la imposibilidad material de pecar con solo tenerlo bajo su mirada o hacerlo objeto continuo de sus solícitas atenciones” (A. Auffray, La pedagogia di S. Giovanni Bosco. Turín, 1934.)

No interesa que la asistencia así concebida se lleve a la práctica con aire y matices de respetuosa dulzura: podría traicionar igualmente bajo las apariencias de una inteligente diplomacia, la presencia de los elementos esenciales de la actitud represiva.

Los críticos hablarán de hipocresía, de educación que conduce a la doblez, o sea, de bondad postiza, colegial, impuesta desde fuera o simplemente condicionada por los desvelos más o menos maternos del educador que darán como resultado chicos inclinados al vicio, ingenuos y poco preparados para los choques con la realidad cotidiana que es mucho más hostil, perversa y difícil.

Pero también al llegar a este punto, dos condiciones de la caridad pedagógica garantizan la exacta perspectiva con la que hay que considerar y realizar la asistencia: la exigencia de una voluntad constructiva y la modalidad de la “amorevolezza” que reviste de familiaridad, de alegría y de sentido común todas las manifestaciones de las relaciones entre asistente y asistido tanto en el aspecto negativo como en el positivo.

Justamente lo dice Auffray: “el salesiano entre sus jóvenes no adoptará el aire exclusivo de un profesor y mucho menos el de un policía, sino más bien el de un padre que no abandona a sus hijos hasta que llega la hora de estar éstos capacitados para poderse gobernar por si mismos”. (Ibíd., p. 8)

a. Presencia que preserva y construye

Quien condena la asistencia tal como la concibe y la lleva a la práctica la pedagogía de Don Bosco tachándola de método negativo que engendra formalismo e irrealismo ingenuo, desconoce el valor esencial, constructivo y directivo, de la “presencia” del educador.

Porque no se puede llamar de otra manera la asistencia que Don Bosco propugna. Presencia que no es la de un vigilante, sino presencia educativa. Presencia que no es puro control: “dar a conocer la ley a los súbditos, plantar guardia después para sorprender a los transgresores y cuando haga falta aplicar el merecido castigo”. Este es el estilo característico del sistema represivo.

Evidentemente se puede demostrar que Don Bosco en cierto sentido no eliminaba la asistencia-vigilancia.

No tenía nuestro santo una opinión angelical de los muchachos, sobre todo de “ciertos chicos que durante mucho tiempo fueron un auténtico martirio para sus padres y hasta fueron rechazados por los mismos correccionales”. ¡No puso en práctica Don Bosco sus experiencias educativas con chicos selectos precisamente!

Era un gran cristiano y estaba convencido firmemente de la fuerza del dogma del pecado original y de sus consecuencias. Conocía la malicia de los jóvenes y las dificultades del todo singulares que ofrece un ambiente educativo masivo y cerrado en sí mismo. Por ello era partidario de una esmerada asistencia en todo momento y en todo lugar insistiendo así sobre el tema: “Hay que

tener siempre los ojos bien abiertos y es preciso vigilar continuamente a los jóvenes en cualquier lugar en que se encuentren poniéndolos así casi en la imposibilidad de hacer el mal". (MB VI, 390)

Contamos con toda una casuística de la asistencia referente a Don Bosco adaptada a los distintos tipos de jóvenes, de ambientes y de circunstancias, que se refiere de forma particular a su aspecto material, protector, disciplinar, y que se integra en el patrimonio de la experiencia educativa salesiana.

Pero este aspecto se sublima, se transforma, con la visión total de una presencia fraternal, afectuosa, de significación positiva, constructiva.

Al mismo asistente a quien Don Bosco recomienda tener el ojo "bien abierto y dilatado", añade: "No te canses de observar, de comprender, de ayudar, de compadecer". (MB X, 1.022-1.023)

Basándose en este criterio preciso únicamente debe interpretarse teórica y prácticamente esa expresión de "poner a los alumnos en la imposibilidad de cometer la falta"

El sistema preventivo "consiste en dar a conocer las normas y Reglamentos de un Instituto y luego vigilar de tal forma que los alumnos tengan siempre sobre sí la mirada atenta del Director o de los asistentes, los cuales como padres cariñosos hablen y orienten, en cualquier ocasión, aconsejen y corrijan afectuosamente. O sea: el alumno se encuentre en la imposibilidad de faltar". (Op. Sobre el Sistema Preventivo, p. 24)

Se trata de una presencia que construye, positiva, en todos los aspectos: religioso-moral, intelectual, físico, profesional. He aquí el testimonio de Don Lemoyne, primer biógrafo, que transcribimos de las Memorias Biográficas:

"A veces también en el Oratorio se colaban jóvenes ya maleados, con ideas muy equivocadas, rebeldes a todo yugo y sujeción, amantes del placer, poco amigos de cuanto olera a iglesia, perezosos, indolentes, clasificados como peligrosos. El sistema que Don Bosco usaba con ellos era el que recomendaba siempre a sus Directores. La expulsión debía darse en última instancia, una vez intentados todos los restantes recursos y después de haber comprobado que resultaban inútiles.

En primer lugar eran aislados de los más pequeños e inocentes, de los que compartían sus mismas inclinaciones, de los que andaban flojillos en la virtud. Luego se les rodeaba de amigos sinceros y seguros. Una vez establecida esta estrategia, avisar, avisar sin cansancio con motivo de cualquier falta. La frase que Don Bosco repetía a sus educadores cuando se lamentaban de la conducta de alguno era siempre la misma: hablar, hablar, avisar, avisar... Si todos los días faltan, se les llama la atención todos los días. Y si es necesario varias veces en el mismo día". (MB IV, 566-567)

b. Presencia afectuosa

Pero no basta. Una vez más hemos de remachar el mismo clavo señalando que el sistema preventivo de Don Bosco se caracteriza por una realización particular de la caridad pedagógica constructiva y positiva que se traduce en las formas específicas de la "amorevolezza".

De variadas formas puede concebirse y actualizarse educativamente la asistencia como presencia. Cualquier sistema católico de educación prefiere esta forma positiva, dinámica, de la asistencia.

Pero no es preciso devanarse los sesos por mucho tiempo para advertir que en la de Don Bosco brilla un estilo característico de bondad y cordialidad, de cercanía gozosa, amigable y paternal...

El educador —que se convierte casi en un muchacho más entre los alumnos— comparte con ellos el juego y la oración, el descanso y la fatiga del estudio, del deber de cada día, como si se tratase de una necesidad congénita, de una coincidencia de gustos, inclinaciones y tendencias. La “convivencia” salesiana adquiere de esta forma un específico sabor”...

También Juan Bautista de la Salle recomienda la asistencia y compara a sus educadores al ángel custodio siempre presente y vigilante. ¿Acaso no se advierten algunos matices distintos de la de Don Bosco? ¿No se acentúa en la asistencia lasalliana la presencia del educador como reflejo de la presencia de Dios? ¿No se nota un tono particular de digna reserva, de distancia, que no es como el de Don Bosco? En éste se advierte e intuye una presencia más sencillamente humana: el educador está entre los jóvenes como si fuera uno de ellos, espontáneamente compenetrado con su misma situación, siendo “el alma del recreo”...

La distinción se intuye más rápidamente si imaginamos a un Don Bosco en medio de sus muchachos que se aprietan a su alrededor en el patio, en el confesionario, a lo largo de toda la jornada. Tanto él como los demás superiores procuran “pasar con los jóvenes el mayor tiempo posible”. (Recuerdos confidenciales a los Directores. MB X, 1.043.)

No se dice casualmente en el Reglamento del Oratorio Festivo que el Director debe mostrarse constantemente como un amigo, como un compañero, como un hermano de todos y además que “debe ser como un padre en medio de sus hijos”. A un catequista se le recomienda que “muestre una cara alegre siempre que sea posible”. (Ibid., parte I, cap. VIII, art. 16.)

La presencia fraternal de los profesores, de los superiores, de los asistentes, debe garantizar al internado de Don Bosco un tono que produzca la impresión entre los chicos de que se encuentran en la propia casa, no en un colegio. Y de hecho se procura reducir a lo indispensable los elementos “colegiales”, como pueden ser las filas, las formaciones rigurosas, las distancias, las maravillas ostentosas de la disciplina...

Merece mención aparte la celebración de una fiesta que podríamos calificar de “oficial” en la casa de Don Bosco: la fiesta de la gratitud, la fiesta de la comunidad, de la familia educativa, fiesta de la grata convivencia que resplandece dentro del calendario escolar con especial Solemnidad y con manifestaciones espontáneas repetidas en honor del santo cada 24 de junio (San Juan Bautista) desde 1846 hasta 1887. Luego no ha faltado nunca esta celebración en cada casa salesiana desde aquellos tiempos hasta nuestros días.

c. Las “Compañías”

En esta atmósfera encaja la formación de aquellos grupos juveniles que se llamaron antiguamente las “Compañías”. Ciertamente Don Bosco tomó prestada la idea fijándose en formas de asociaciones contemporáneas de inspiración religiosa y en las “Congregaciones” estudiantiles de Chieri, sobre todo en las marianas. Pero supo imprimirles un dinamismo juvenil muy suyo.

Fueron un elemento esencial de libertad, de fraternidad, de amistosa colaboración entre superiores y alumnos, fuente de actividades y de espíritu de familia, brotes directos de la “Sociedad de la Alegría”, centro de serena y constructiva convivencia y de viva solidaridad.

En los “Recuerdos confidenciales” que Don Bosco dedica a los Directores, dice refiriéndose a dichas “Compañías”: “Debes ser el promotor, el animador, pero no el Director de estos grupos. Considéralos como asunto propio de los jóvenes”. (MB X, 1.044)

3. AMOR EXIGENTE

Y finalmente, a la luz de la “amorevolezza” deben interpretarse y vivirse las situaciones educativas más difíciles y ambiguas: la disciplina, la corrección, los castigos...

a. La disciplina

La disciplina es para Don Bosco obediencia a un orden objetivo que vincula a los superiores y a los inferiores y se expresa prácticamente en los Reglamentos, en las costumbres tradicionales que rigen la vida de toda convivencia numerosa.

“Entiendo por disciplina —escribía en una carta del 15 de noviembre de 1873— una forma de vivir según las normas y costumbres de un Instituto”. (MB X 1.101-1.102.)

Es la expresión de una línea uniforme que se ha demostrado que parece razonable y necesaria para una comunidad familiar de grandes proporciones.

Frente a estas experiencias no hay privilegios: en todo caso menos aún para el superior que para el inferior.

La antinomia autoridad-libertad se supera objetivamente de esta forma: “Por esto —continúa enseguida Don Bosco— para obtener buenos efectos de la disciplina es preciso antes que nada que las normas sean observadas todas y por todos. Esta observancia sea tenida en cuenta por los socios de la Congregación y por los jovencitos que la divina Providencia ha confiado a nuestros cuidados”. (MB X, 1.102)

No se admite la postura del que dice: “el que manda aquí soy yo”. Tampoco suena bien esto otro: “lo quiero así porque yo soy tu superior”. La ley es igual para todos en la casa de Don Bosco. Lo exige el régimen de la familia, donde las clases y los privilegios y las categorías especiales brillan por su ausencia, excepción hecha de aquellas situaciones en las que se imponen delicadas razones de salud, adaptación a la psicología de alguno en particular, etc.

Las fuentes documentales de las que nos alimentamos nos presentan a un Don Bosco más bien exigente desde el punto de vista disciplinar y alguna que otra vez inexorable tratándose de salvaguardar el principio de la autoridad, del orden, del respeto de la colectividad, deseoso de que la disciplina externa se convierta en una escuela de entrenamiento de las voluntades y de compromiso espiritual.

Siempre se reclama a la conciencia del propio individuo, al convencimiento personal, como vemos en este remate de unas modélicas “Buenas Noches” en las que se exige el silencio en determinados momentos y situaciones.

“En la pasada ocasión en que di este aviso, el efecto deseado no duró más que pocos días y luego comprobé nuevamente que las filas se deshacían al entrar y al salir de la iglesia, que algunos jugaban, saltaban... El desorden alguna vez también después de las oraciones hacía pensar en un ejército de verduleras... Veremos qué pasa de ahora en adelante. No quiero imponer nada con amenazas y castigos. Dejo a la conciencia de cada uno el poner diligentemente en práctica este aviso”. (MB XI, 253. “Buenas Noches” del 9 de Julio de 1875.)

También aquí la definitiva solución práctica de la antinomia autoridad-libertad se encuentra integrando la razón, la religión y la, “amorevolezza”.

“El sistema preventivo convierte al alumno en un amigo que ve en el asistente a un bienhechor que le avisa, que desea hacerle bueno, liberarlo de las cosas desagradables, de los castigos, del deshonor” (Op. sobre el Sistema Preventivo, p. 26.)

La autoridad objetiva que se funda sobre cimientos ético-religiosos adquiere un particular atractivo irresistible al encarnarse en la persona del educador que ama, que es amigo, que es bienhechor...

Don Bosco sabía hacerse obedecer siguiendo estas directrices.

El canónigo Ballesio, alumno de los primeros años, se expresa en estos términos: “Una de las cualidades características de Don Bosco fue la de ganarse el afecto de sus muchachos. Era una mezcla de gratitud, de confianza, de cariño, como la que los hijos guardan para su padre. Aquel hombre era para nosotros la autoridad personificada, un modelo de bondad y de perfección cristiana. Por los años de 1857 hasta 1860 Don Bosco siempre nos acompañaba, ya que no existían todavía otras casas salesianas. En el Oratorio se vivía una vida de familia en la que el amor a Don Bosco, el deseo de tenerlo contento y su ascendiente (que se puede recordar pero en manera alguna describir) hacían florecer entre nosotros las más hermosas virtudes”. (MB V, 736-737)

Sabía hablar a los jóvenes de rigurosas exigencias disciplinares pero siempre afectuosamente. Son típicas aquellas “Buenas Noches” en las que habló así: *“Tengan siempre bien grabada en su mente esta gran verdad: con frecuencia los superiores dicen algo, dan un consejo, y puede parecer que se trata de algo poco razonable, de un despropósito...”*

Ellos saben bien cómo marchan las cosas. Los que atienden sus observaciones acaban bien pero no así quienes no las tienen en cuenta. Ocurre alguna vez que el consejo no tiene relación con las cosas que se han dicho antes o con las que se harán luego. Algún inexperto dirá: —Pero esto qué tiene que ver con lo que yo estaba deseando... Confíen en sus superiores. Sigán sus consejos sin miedo, sin hacer demasiados razonamientos. Terminarán contentos. Ellos tienen más edad y experiencia y práctica y conocimiento que ustedes. Y además los quieren”. (MB XII, 146-147)

He aquí el *leitmotiv* del poema pedagógico de Don Bosco: “Y además los quieren”.

b. Correcciones, avisos

El sistema preventivo por definición es el sistema de la continua e incansable corrección. Si los muchachos nunca se equivocasen no serían tales y no tendrían necesidad de educación. Pero, ¿y la ligereza e inconstancia juvenil?...

“En la asistencia permítasele a los alumnos expresar libremente sus opiniones, pero hay que estar atentos para rectificar y corregir las expresiones, ciertas palabras, ciertos hechos poco conformes con la educación cristiana”. (Reglamentos. Introducción. Artículos generales.)

La corrección está presente en toda la labor educativa y se manifiesta en los avisos en público o en privado, en las palabras al oído, en las “Buenas Noches”, en las pequeñas notas escritas... Es fruto de la “amorevolezza” como toda iniciativa educativa y en ella se inspira a la hora de buscar el tono, las formas, el estilo.

“A excepción de casos rarísimos, las correcciones, los castigos, jamás sé den públicamente, sino bien lejos de la vista de los compañeros. Hay que armarse de paciencia, de prudencia extrema, para lograr que el alumno reconozca su metedura de pata, con la razón y con la religión”. (Op. sobre el Sistema Preventivo, p. 33.)

“Si hay que amonestar a alguno lo mejor es hacerlo en secreto, de tú a tú con el interesado y con la máxima amabilidad”. (Avisos a los asistentes. MB VII, 508)

En una carta dirigida al clérigo Borio, del colegio “Borgo San Martino”, le aconseja en estos términos: *“Cuando corrijas particularmente no lo hagas jamás en presencia de otros. A la hora de dar avisos o consejos debes procurar que el interesado se marche de tu lado satisfecho y siendo amigo tuyo”.* (Carta del 28 de enero de 1875. MB XI, 17)

c. Los castigos

Mal que nos pese los castigos tienen su sitio en el esquema de la pedagogía de la razón-religión-“amorevolezza”.

Don Bosco lo repite mil veces: aborrezco los castigos, no es ése mi estilo... *“Este sistema se apoya todo él en la razón, la religión y la amabilidad, el cariño. Por tanto excluye todo castigo violento y trata de alejar también los suaves.”*

La cosa está clara. El capítulo reservado a los castigos casi no existe en todos los escritos de Don Bosco. Nos encontramos a gran distancia de Lambruschini, que dedicó ciento cincuenta páginas a este tema. Un párrafo muy breve del santo comienza con esta tesis que no admite vuelta de hoja: *“Donde sea posible, jamás se castigue”.*

Cuando sea necesario recurrir al castigo, la “amorevolezza” impone algunas normas prácticas de máxima sencillez...

“Ante todo fuera los castigos violentos, irracionales, antieducativos. Hay que evitar pegar de cualquier forma que sea. Poner de rodillas, en posición dolorosa, tirar de las orejas y otros castigos semejantes, además de estar prohibidos por las leyes irritan mucho a los jóvenes y rebajan al educador.”

“Exceptuados rarísimos casos, los castigos y correcciones no se den nunca públicamente...”

Se hace hincapié en los castigos naturales, de naturaleza psicológica: *“para los jovencitos es castigo aquello que se hace pasar por tal... Está comprobado que una mirada menos afectuosa produce mayor efecto en algunos chicos que un tortazo. La alabanza cuando se han hecho bien las cosas o el reproche cuando ha habido negligencia, ya constituyen un premio o castigo.”*

“El educador trate entre sus alumnos de hacerse amar si quiere hacerse temer. En este caso, retirar el afecto es castigo que emula, anima y nunca envilece”. (Opúsculo sobre el Sistema Preventivo, pp. 24 y 32-33)

También la ley del temor queda superada y se integra dentro de la ley —mucho más sublime— del amor.